PRÓLOGO.

Ética llamo á la ciencia que tiene por objeto la naturaleza y el orígen de la moralidad. Cuál sea el verdadero sentido de la palabra moralidad, no se puede explicar aquí; pues que á ello se dedica una parte considerable de este volúmen. Algunos han dado á la ética el título de *arte de vivir bien* : lo cual no parece exacto, pues que si se reuniesen todas las reglas de buena conducta, sin acompañarlas de exámen, formarian un *arte*, mas no una *ciencia*.

Fácil me hubiera sido escribir un grueso volúmen de ética ó filosofía moral : es materia en que las riquezas abundan, y se las puede tomar de otros, sin que se conozca el plagio; pero he preferido reducir el tratado á pocas páginas, ya porque lo requiere el género de la obra, ya tambien porque las ideas, para germinar, conviene que no estén desleidas. Lo que importa es asentar los principios, é indicar con claridad y precision el modo de aplicarlos : ciertos pormenores corresponden á una obra de moral, pero no á una filosofía moral. La palabra filosofía, expresa aquí, exámen y análisis de los fundamentos de la moral y de sus conclusiones capitales : si se quisiese descender á las últimas consecuencias, seria preciso contar con mas tiempo del que suele emplearse en esta enseñanza.

Se notará que no trato separadamente ni del sentido ni del sentimiento moral : solo hablo de ellos, cuando la materia respectiva va ofreciendo la ocasion. Si por sentido moral se entiende la percepcion instintiva de

ciertas relaciones morales, queda incluido en el sentido comun, del cual forma un ramo; si se le quiere tomar en otra acepcion, no la comprendo. El sentimiento moral es lo que indica su nombre; el sentimiento en sus relaciones morales. Como mero sentimiento, es una inclinacion que nada significa en el órden moral, hasta que se subordina á la libertad, y se encamina á un objeto, con sujecion á las condiciones morales: en cuyo supuesto el criterio de su moralidad se halla en algunos de los capítulos que tratan de los deberes y derechos. Todo sentimiento se refiere al sujeto ó al objeto: así están señaladas sus reglas, cuando se han fijado las de la moral en todas sus relaciones.

En el órden de materias no he seguido el método comun: no es necesario exponer aquí los motivos, ni lo consiente tampoco la brevedad que me he propuesto. No obstante, para juzgar de si he acertado ó no, hay un medio sencillo: leer el tomo con la mira de buscar allí un cuerpo de ciencia, resultado de un exámen riguroso. Si el libro llena este objeto, el método es bueno; sino, errado.

He procurado presentar las cuestiones bajo el aspecto reclamado por las necesidades de la época: si en algo conviene atender á esta circunstancia, es indudablemente en la moral. Fuera de las academias, pocos hablan de ideología y psicología; pero las cuestiones sobre la sociedad, el poder público, la propiedad, el suicidio, se agitan en todas partes. Es preciso tener sobre ellas ideas fijas, para preservarse de extravío, y es indispensable saber tratarlas con el método y estilo de la época, so pena de dañar á la verdad desluciéndola.

gando al linaje humano, para que de la respuesta pueda sacar qué es lo que se entiende por moral ó inmoral, y cuáles son las condiciones constitutivas de estas propiedades.

CAPÍTULO II.

CONDICIONES INDISPENSABLES PARA EL ÓRDEN MORAL.

6. No hay moralidad ni inmoralidad cuando no hay conocimiento: nadie ha culpado jamás á una piedra, aunque con su caida haya producido un desastre; ni ha juzgado meritoria la influencia del agua que da á las plantas verdor y lozanía. Este conocimiento, necesario para la moral, debe ser superior á la percepcion puramente sensitiva: por cuya razon están exentos de responsabilidad los brutos. La moral exige un conocimiento de relaciones, capaz de comparar los medios con los fines, una percepcion inteligente; cuando esto falta, hay acciones físicas, provechosas ó nocivas, pero no morales ó inmorales.

7. De esto inferiremos, que la primera condicion para que una accion pueda pertenecer al órden moral, es la *inteligencia* en el ser que la ejecuta. El órden moral corresponde pues únicamente al mundo intelectual, y de tal modo, que las criaturas racionales solo están en él, mientras usan de razon. En el sueño, ú otra situacion cualquiera en que el uso de la razon esté interrumpido, no hay órden moral; y si se imputan algunas acciones como al borracho el asesinato, es porque con su conocimiento anterior habia podido prever la perturbacion mental y sus consecuencias.

8. El conocimiento de lo que se ejecuta no es suficiente, si el sujeto no obra con espontaneidad libre. Espontaneidad, porque si procediese por violencia, como uno á quien se forzase la mano para escribir, no habria accion del sujeto; este no seria mas que un instrumento necesario del agente principal. Libertad, porque aun suponiendo que el acto se ejerce con espontaneidad y hasta con vivo placer, no hay órden moral, si el sujeto obra por un impulso irresistible, si no puede evitar la accion que ejecuta. El niño que no ha llegado al uso de la

razon, el demente, el delirante, hacen muchos de sus actos con espontaneidad, sin violencia de ninguna especie, tal vez con mucho gusto; y sin embargo sus acciones no son laudables ni vituperables, no pertenecen al mundo moral, porque el sujeto que obra no procede con libertad de albedrío.

9. La inteligencia, ó sea un conocimiento de relaciones, y la libertad, son necesarias para el órden moral; pero es preciso notar que por relaciones se entiende algo mas que las de los medios con los fines; y por libertad, algo mas tambien, que la simple facultad de hacer ó no hacer, ó de hacer esto ó aquello; se entiende cierto grado de conocimiento y de libertad, que no siempre se puede fijar con absoluta precision, pero que determinan aproximadamente la razon y el sentido comun. Un ejemplo hará comprender lo que quiero decir.

Un demente intenta escapar de su encierro, y dispone los medios de la manera mas adecuada; suple la llave con algun hierro que tiene á la mano, sale callandito; evita el encuentro de los vigilantes, arrima una escalera á una pared, se descuelga á la calle por una cuerda para evitar el daño de la caida, se dirige á la casa de su antiguo enemigo, y le asesina. No hay duda que muchos dementes son capaces de proceder asi; y por consiguiente hay en ellos un conocimiento de la relacion de los medios con el fin. Si al salir de la puerta de su encierro hubiese visto á un vigilante, habria retrocedido; é indudablemente lo hubiera hecho, si á la vista se siguiera la amenaza: por donde se conoce que al ejectuar su accion, no obraba con un impulso del todo irresistible, y que podia dejar de obrar, en entendiendo que le tenia mas cuenta para evitar el castigo: conservaba pues alguna libertad; no obraba por un impulso irresistible. Sin embargo, nadie dirá que el demente fuera responsable del asesinato: si algun dia volviese á la razon, el recuerdo del homicidio no le rebajaria á los ojos de los demás hombres; seria digno de lástima, mas no de vituperio.

10. Para el órden moral, se necesita una capacidad de conocer la moralidad de las acciones, y de proceder libremente, conforme á este conocimiento; la criatura intelectual no está en el órden moral, sino cuando se halla completa, por decirlo asi, cuando, aunque no reflexione actualmente, es al menos capaz de reflexionar sobre el órden moral. Esto es tan cierto,

que no se culpa á quien comete con pleno conocimiento y libertad un acto, cuya malicia moral ignoraba invenciblemente. En el órden físico, los actos son lo que son, prescindiendo del conocimiento de quien los ejecuta; pero en el moral todo depende del conocimiento y de la libertad del que obra; y este conocimiento y libertad deben ser capaces de referirse al mismo órden moral, de lo contrario no producen acciones que pertenezcan á él.

CAPÍTULO III.

NECESIDAD DE UNA REGLA FIJA.

11. Capacidad de conocer lo que se ejecuta en el órden físico y en el moral, y libertad para obrar ó no obrar: hé aquí las condiciones que se necesitan para que un acto pueda ser digno de alabanza ó vituperio; así lo enseña la razon, lo juzga el sentido comun y lo confirma la legislacion de todos los pueblos. Pero hasta aquí hemos encontrado las condiciones necesarias, mas no las constituyentes; sabemos que aquellas son indispensables para el órden moral, sin conocer por esto cuál es la esencia de la moralidad. Con conocimiento y libertad se hacen cosas buenas ó malas, morales ó inmorales; ¿en qué consiste esa bondad y malicia, esa moralidad ó inmoralidad? ¿Cuál es la razon de que el mismo conocimiento y libertad produzcan acciones buenas ó malas segun los objetos á que se aplican? Y ante todo, ¿hay alguna regla fija que distinga lo bueno de lo malo?

12. En el universo está todo en un órden, y no debian formar excepcion de esta regla las criaturas racionales. Pero ese órden no podia ser en ellas el efecto de una ley necesaria, á no mutilar su naturaleza despojándola del libre albedrío. Era preciso, pues, que en el ejercicio de sus facultades estuviesen sujetas á un órden que no las violentase, y que les dejase lugar á la transgresion. Por donde se ve que la ley moral no es para las criaturas racionales una influencia de fuerza, sino de atraccion, de limitaciones en varios sentidos, pero que siempre respeta su libertad de obrar. El que sabe la pena en que incurre si falta á

sus deberes, tiene limitada su accion por la influencia del temor; el que espera una recompensa de su obra está atraido por el deseo del premio; pero ambos motivos, así el repulsivo como el atractivo, aunque puedan ejercer mas ó menos influencia sobre la voluntad, la dejan siempre libre: el uno puede cometer el delito arrostrando la pena; y el otro puede omitir la buena accion renunciando al premio.

13. Por lo mismo que la criatura libre no tiene un principio determinante necesario de sus acciones, es preciso buscar alguna regla á que pueda atenerse, ó bien dejarla abandonada á todos los impulsos de su naturaleza. Esto último equivaldria á degradar la criatura racional, haciéndola de condicion inferior á la de los brutos y aun de los seres inanimados; pues que estos tienen una regla á la cual se conforman por necesidad. Todo ser criado ejerce sus funciones en el órden del universo, y el ejercicio de ellas no puede estar abandonado al acaso, si se quiere que el ser pueda llenar el objeto de su destino. Así pues, será necesario convenir en que las acciones libres han de tener alguna regla; y en la conformidad á la misma debe consistir la moralidad.

14. Esta regla no depende del arbitrio de los hombres: las acciones no son morales ó inmorales porque se haya establecido así por un convenio, sino por su íntima naturaleza; ¿podrian los hombres haber hecho que la piedad filial fuese un vicio y el parricidio una accion virtuosa; que el agradecimiento fuese malo y la ingratitud buena; que fuera vituperable la lealtad y laudable la perfidia; que la templanza mereciese castigo y la embriaguez fuera digna de premio? Es evidente que no; las ideas de bien y de mal convienen naturalmente á ciertas acciones; nada puede contra eso la voluntad del hombre. Quien afirme que la diferencia entre el bien y el mal es arbitraria, contradice á la razon, al grito de la conciencia, al sentido comun, á los sentimientos mas profundos del corazon, á la voz de la humanidad, manifestada en la experiencia de cada dia y en la historia de todos los tiempos y países.

---

den no ama á Dios, pues que obra contra lo que él ama. Luego la criatura participa de la moralidad cuando procede con arreglo á este órden, y peca cuando le traspasa.

65. Así hemos encontrado lo absoluto en moral, fundamento de lo relativo; lo infinito, orígen de lo finito; lo esencial, fuente de lo participado. Con esta piedra de toque podemos recorrer toda la moral, y reconocer la bondad ó la malicia de las acciones.

CAPÍTULO XII.

EXPLICACION DE LAS NOCIONES FUNDAMENTALES DEL ÓRDEN MORAL.

66. Ahora podemos definir el órden moral y todas sus ideas fundamentales.

67. La moralidad absoluta y esencial es la santidad infinita, ó sea el acto con que Dios ama su perfeccion infinita.

68. La moralidad en los seres criados es el amor de Dios explícito ó implícito.

69. El amor explícito es el acto mismo de amar á Dios; este es el acto moral por excelencia.

70. El amor implícito es el amor del órden que Dios ama en sus criaturas.

71. El órden moral es el órden en las criaturas, en cuanto amado por Dios.

72. Bien moral, relativo y finito, es lo que pertenece al órden amado por Dios en las criaturas, en cuanto es realizable por seres inteligentes y libres. Mal moral es lo que es contrario al órden amado por Dios, en cuanto la contrariedad es realizable por criaturas libres.

73. Vínculo moral, tomado en su mayor generalidad, es un límite que deja intacta la libertad física; pero que influye en la inteligencia y voluntad del ser libre para que ejerza ó no su accion en cierto sentido. La voluntad es físicamente libre para querer una cosa mala; pero no la quiere porque es mala, ó porque acarrea castigo: hé aquí un límite; un vínculo moral produciendo su efecto sin destruir la libertad.

74. Ley natural es la comunicacion del órden moral hecha

es inútil para otra. Lo que no solo no conduce al fin, sino que lleva á lo contrario, no se llama inútil, sino dañoso ó nocivo. Para andar con desembarazo sirve la ligereza del traje, será útil con relacion al objeto de andar: segun la estacion puede ser cómoda, entonces será útil para la comodidad; en invierno pudiera acarrear un catarro, será pues dañosa á la salud.

19. Siendo la utilidad una cosa relativa, cuando se quiera cimentar la moral sobre la utilidad privada es necesario comenzar por la definicion de esta; determinando el fin á que nos hemos de referir: segun sea el fin será la utilidad. Sardanápalo creia hacer una cosa que le era muy útil embriagándose de placeres; lo que consideraba como el sumo bien; supuesto que hacia poner en su busto la famosa inscripcion, de la cual dijo con verdad y gracia Aristóteles, que no era de un rey sino de un buey: « Tengo lo que comí, bebí y gocé; lo demás ahí queda. Pero si hubiésemos preguntado á Sócrates si miraba la frugalidad como dañosa ó inútil, hubiera dicho que á mas de juzgarla moral la creia muy *útil* á la salud y aun para ciertos goces. Así lo manifestó cuando, preguntado un dia porqué daba un fuerte paseo, respondió: « Estoy sazonando la cena con el mejor condimento, que es el hambre. »

20. Si se hace consistir el fin en el placer, es preciso expresar en cuál, si en los sensibles ó en los intelectuales, que tambien tiene los suyos la inteligencia.

21. Poner el fin del hombre en los placeres sensibles es trastornar el órden de la naturaleza, tomando los medios por fines y los fines por medios. El placer de la comida se nos ha concedido para impelernos á satisfacer esta necesidad, y hacernos el alimento mas saludable; no nos alimentamos para sentir placer, sentimos placer para que nos alimentemos. Lo propio se puede decir de los demás, y en sentido opuesto de los dolores.

22. La prueba de que el fin no es el placer sensible, se ve en la limitacion de las facultades para gozar; el gastrónomo mas voraz está condenado á privarse de muchas cosas, si no quiere morir; y para la inmensa mayoría de los hombres, los placeres de la mesa se reducen á un círculo mucho mas estrecho. Todos los demás goces algo vivos están sujetos á la

misma ley: quien la infringe sufre; si continúa pierde la salud, y si se obstina muere.

23. Los placeres á que se ha dado mayor latitud, y cuyo goce está únicamente limitado por las precisas necesidades del reposo de los órganos, son aquellos que acompañan al ejercicio de la vista, del oido, y del tacto en sus relaciones ordinarias (V. *Estética*, 143 y 144.). Vemos, oimos, tocamos continuamente sin experimentar ningun daño; al ejercicio de estos sentidos está unido cierto placer suave (V. *Estética*, 143), que el Autor de la naturaleza nos ha otorgado para amenizar las funciones de la vida. Pero es de notar que las sensaciones que no nos destruyen ni fatigan, son las que nos ponen en comunicacion con el mundo externo, las que sirven á la inteligencia: indicio seguro de que el hombre no entiende para gozar sensiblemente, sino que goza sensiblemente para entender.

24. No puede ser verdadera una doctrina cuyas aplicaciones no se atreve á sostener quien conserve un rastro de pudor. El epicúreo consecuente debiera hablar de este modo: « mi fin es el placer; esta es la única regla de mi moral; gozo cuanto puedo, y solo ceso cuando temo morir; sin este peligro no pondria ningun límite á la sensualidad; los festines, las orgías, los desórdenes de todas clases formarian el tejido de mi vida; y entonces seria yo el hombre moral por excelencia, porque me atendria con rigor al principio de la moralidad: el goce. » ¿Quién puede sufrir tamaña impudencia? ¿Quién se atreveria á semejante lenguaje?

25. No siendo el placer sensible la regla de la moral, ¿lo será tal vez la salud, aquel estado en que se ejercen con órden y armonía todas las funciones de nuestra organizacion? ¿Podremos decir que es moral lo que conduce á la conservacion de la salud, y por consiguiente de la vida?

26. Desde luego salta á los ojos la extrañeza de confundir lo moral con lo saludable; y de poner lo principal de la moralidad en un lugar tan prosáico como es la cocina. El sentido comun distingue entre la sanidad y la moralidad; reconoce acciones morales é inmorales con relacion á los alimentos, á las habitaciones, y á cuanto contribuye á la conservacion de la salud y de la vida; pero cree que la moralidad es algo superior á

estas cosas, que solo se aplica á ellas como á un caso particular, por la union del ser inteligente y libre á un cuerpo sujeto á esta especie de necesidades.

27. La salud y la vida no son para sí mismas, sino para el ejercicio de las facultades vitales : la armonía de la organizacion no es un fin, es un medio para que los órganos funcionen bien ; luego el tomar la salud y la vida como fines, es trastornar el órden. Suponed un individuo perfectamente sano : si la moralidad consiste en la salud, este será el hombre moral por excelencia ; recostadle pues en un blando sofá, conservadle bien, con sus ojos claros, su tez brillante, sus mejillas encarnadas ; y mostradle á los demás diciendo : « Hé aquí la virtud en persona ; hé aquí el fin de todo moral : estar bien rollizo y fresco. »

La salud y la vida son para ejercer las facultades ; y como ya hemos visto que el término de esta no es el placer sensible, lo hemos de buscar en otras superiores, en el entendimiento y la voluntad.

28. ¿La moralidad se fundará en la inteligencia, de suerte que sea moral todo lo que conduzca al desarrollo de las facultades intelectuales, é inmoral lo que á esto se oponga?

No cabe duda en que esta opinion no ofrece la repugnante fealdad de las anteriores ; el desenvolver las facultades intelectuales, es una accion noble, digna del ser que las posee ; el sentido moral no se subleva contra quien nos presenta el término del hombre en la esfera intelectual ; la contemplacion de la verdad es un acto noble, digno de una criatura racional. Sin embargo, esta idea por sí sola, no nos explica el cimiento de la moralidad : nos agrada la accion de entender ; pero todavía preguntamos en qué consiste ese carácter moral de que la inteligencia se reviste, en qué la inmoralidad que con frecuencia la afea y la degrada. Fingid una criatura racional, que conoce á su Autor ; que por el estudio de su naturaleza halla cada dia nuevas razones para admirar la sabiduría del Hacedor supremo, y que sin embargo se levanta contra Dios, le blasfema, y desea que no exista ; esa criatura aunque continúe desenvolviendo y perfeccionando su inteligencia con el estudio y la contemplacion de altas verdades, ¿será moral? Claro es que no. Imaginad un filósofo que dominado por la

pasion del saber no perdona medio ni fatiga para acrecentar sus conocimientos ; y que con el fin de proporcionarse lo que desea, olvida los deberes de su familia y de la sociedad ; y es además injusto, reteniendo libros que no le pertenecen, usurpando propiedades de otros para acudir á los gastos de sus experimentos, viajes y demás que necesita y á que no alcanzan sus caudales ; suponed que es orgulloso, insolente, inhumano ; ¿será moral? ¿le bastará para la moralidad su ardiente pasion por la ciencia? Es evidente que no.

Luego la inteligencia no es la moralidad : luego la perfeccion del entendimiento no es la única regla de la moral. Una alta inteligencia puede concebirse con profunda inmoralidad ; en cuyo caso, lejos de que la elevacion de la primera excuse á la segunda, la hace mas culpable ; la falta es tanto mayor cuanto mas claro es el conocimiento que de ella se tiene.

29. No hallamos pues en la utilidad privada el fundamento de la moralidad ; ni aun refiriéndola á las facultades intelectuales, nos da la regla buscada ; el ejercicio de estas debe someterse á la regla, pero no son la regla misma. De lo cual se infiere que el egoismo, ni aun en la acepcion mas elevada de esta palabra, no puede ser el fundamento de la moralidad. Sucede en esto como en las verdades del órden intelectual puro ; si se quiere encontrar la razon de su verdad, necesidad y universalidad, es preciso salir del individuo, y extender la vista por regiones mas dilatadas.

CAPÍTULO V.

LA MORALIDAD NO ES LA RELACION Á LA UTILIDAD PÚBLICA.

30. Al desaparecer el interés privado, se ofrece desde luego el comun ; ¿será posible cimentar la moralidad en la utilidad de todos ; por manera que lo que conduzca al bien comun sea moral, y lo que á él se oponga sea inmoral?

31. Desde luego ocurre una grave dificultad contra esta doctrina : ella rechaza al egoismo como base de la moral ; pero en cambio exime de la moralidad al individuo, en aquellas ac-

ciones que no tengan relacion con la sociedad; de suerte que para un individuo solo, aislado, no habria órden moral. La razon es evidente: si la moralidad es la relacion al bien comun, cuando esta relacion falta no hay ni puede haber moralidad; la consecuencia es profundamente inmoral, pero legítima, necesaria; no hay medio de eludirla.

Segun esta doctrina, un ser inteligente considerado en sus relaciones con Dios, no estaria sujeto á la moral: por manera que si no hubiese sociedad, si hubiese un hombre solo en el mundo, este hombre podria hacer lo que quisiese con respecto á sí y á Dios, sin infringir leyes morales.

Además, muchas de nuestras acciones exteriores é interiores no tienen ninguna relacion con la sociedad, son actos puramente individuales que no favorecen ni dañan al bien comun. Admitido que la moralidad nace únicamente de sus relaciones con este bien, gran parte de nuestras acciones queda fuera del órden moral; lo que á mas de ser contrario á la razon y al sentido comun, es un manantial de inmoralidad. No, no es necesaria la sociedad para que tengan existencia y aplicacion las ideas morales: una criatura inteligente que estuviese sola en el universo, tendria sus deberes para consigo y con el Criador: desde el momento que hay inteligencia y libertad, hay el órden moral que es su regla.

32. A mas de estas dificultades ocurre otra que no es de menos gravedad. Si la norma de la moral fuese el bien comun, seria preciso explicar en qué consiste este bien. ¿Será el desarrollo de la inteligencia, será el bienestar material, ó ambas cosas á un tiempo? En todos los supuestos la moralidad quedará fluctuante. Porque si la inteligencia es el fin, se podrá descuidar el bienestar material, y no será inmoral el dañarle ni el destruirle. Si se sobrepone el bienestar material, entonces la perfeccion de los pueblos consistirá en la mayor cantidad posible de goces: el epicureismo condenado en el individuo, lo trasladaremos á la sociedad. Si son ambas cosas á un tiempo, falta saber en qué proporcion se han de combinar; si se ha de sacrificar el uno al otro en ciertos casos; y en favor de cuál se ha de resolver el conflicto. Nada habrá constante; la moralidad flotará á merced de las pasiones y caprichos de los hombres; lo que unos llamarán moral, otros lo tendrán por inmoral; lo

que estos alabarán como virtud, aquellos lo condenarán como vicio.

33. Esta incertidumbre afectará mucho mas á los actos individuales que no se refieran inmediatamente al bien comun. El suicida dirá: « A la sociedad no le *conviene* un miembro que sufre tanto como yo; quiero hacerle un bien, apartando de su vista este cuadro aflictivo; » y se matará. El ofendido por una palabra dirá: « A la sociedad no le *conviene* hombres sin honra, yo debo lavar la mia con la sangre de mi enemigo, ó morir, » y se batirá en duelo. El pródigo dirá: « A la sociedad le *conviene* el progreso de la industria y del comercio; yo la fomento con mi lujo y disipacion; la suerte de mis hijos, cuyo porvenir destruyo, no vale tanto como el bien de la sociedad, » y seguirá dilapidando. Y como á estos insensatos no se los podria reconvenir con la ley moral, con ese conjunto de máximas fijas, eternas, que arreglan la conducta del individuo y de la sociedad, necesario seria calcularlo todo por el *resultado;* el cálculo fuera tan variable como las pasiones y caprichos, y en vez de una moral social, no tendríamos ninguna.

CAPÍTULO VI.

RAZONES CONTRA EL PRINCIPIO UTILITARIO EN TODOS SENTIDOS.

34. Los que confunden la moralidad con la utilidad, sea que hablen de la privada ó de la pública, caen en el inconveniente de reducir la moral á una cuestion de cálculo, no dando á las acciones ningun valor intrínseco, y apreciándolas solo por el resultado. Esto no es explicar el órden moral, es destruirle, es convertir las acciones en actos puramente físicos, haciendo del órden moral una palabra vacía. Hagámoslo sentir poniendo en escena las varias doctrinas, y empezando por la del interés privado.

Un hombre quiere matar á su enemigo; ¿qué le diréis para hacerle desistir de su intento criminal? Veámoslo.

Este es un acto injusto.

¿Porqué? ¿Qué es la injusticia? Yo no reconozco mas justicia

ni moralidad que lo que conviene á mis intereses: y ahora para mí no hay interés mas vivo, mas estimulante, que el de saciar mi venganza.

Pero de esto le puede resultar á V. un grave perjuicio, cayendo en seguida bajo el rigor de las leyes.

Procuraré evitarlo; además, estoy completamente seguro.

¿Está V. seguro de ello?

Sí del todo: pero suponed que no lo estuviera, ¿esto qué importa?

Entonces se expone V.

Ciertamente; pero el peligro es lejano, y la satisfaccion es segura: opto por la segunda y arrostro el primero.

Pero esto es reprensible.....

No: porque segun V., mi regla es mi interés: este le debo conocer yo; lo mas que puede suceder es que yerre yo en mis cálculos; cometeré un error, no un delito.

Mas la accion no dejará de ser fea; pudiérais calcular mejor.

Que tal vez pudiera calcular mejor, lo admito; pero niego que un error de cálculo sea una cosa fea. ¿Hay algo mas que mi interés? ¿Sí ó no? Si no hay mas, y yo me lo juego por decirlo así, ¿dónde está la fealdad?

En efecto, si se tratara solo de V., pero hay de por medio la vida de un hombre y la suerte de su familia.

Cierto; pero ni esa vida, ni la suerte de toda una familia son *mi interés;* y supuesto que no hay otra regla que esta, lo demás es inconducente. Con la venganza disfruto; con la muerte del enemigo me quito de delante un objeto que me molesta: lo restante no significa nada.

35. Fácil seria extender la aplicacion de la doctrina del interés privado á todos los actos de la vida, manifestando que en último análisis, es la muerte de toda moral, pues erige en única regla las pasiones y los caprichos.

36. La doctrina del interés social ó del bien comun, adolece de inconvenientes semejantes. Ya hemos visto (33) cómo la podrian explotar todos los vicios y delirios de los hombres: bajo la engañosa apariencia del desprendimiento encierra la mas deforme inmoralidad. En nombre del bien comun se han cometido los mas horrendos crímenes, contra los que protesta la conciencia del género humano; pero si admitimos que la moralidad no tiene reglas intrínsecas, propias, independientes de sus resultados, esos crímenes se pueden justificar, reduciéndolos, cuando menos, á simples errores de cálculo.

Un tirano para guardarse de un enemigo terrible, sacrifica centenares de personas inocentes: la humanidad le execra, pero vuestra doctrina le justifica. «Así lo exige el bien comun,» dirá él; no hay bien comun que justifique la maldad; el fin no justifica los medios; «esto último no es exacto, responderéis vosotros: la cuestion no está en si el acto es moral ó inmoral en sí mismo, sino en si conduce ó no al bien comun; segun conduzca ó no, será moral ó inmoral; pues su moralidad ó inmoralidad depende de sus relaciones con el bien comun. Tirano, calcula; y si el resultado del cálculo es que la matanza de muchos inocentes es *útil* al bien comun, sacrificalos; y si no lo haces serás inmoral.»

37. Hé aquí las horribles consecuencias á que conducen las doctrinas que aprecian la moralidad por los resultados. Todo se reduce á una cuestion de cálculo, que las pasiones cuidarán de resolver á su modo; y por desastres que resulten, por mas que lo que se creia favorable al interés privado ó al comun le sea muy dañoso, no hay inmoralidad intrínseca, hay un error de cálculo, no un delito. No hay pues nada digno de alabanza ni vituperio; no hay mérito ni demérito, no hay premio ni castigo. Cuando se aplique una pena, esta no será mas que un medio represivo, semejante á los que se emplean contra los brutos: el hombre que arrostre la multa, la prision, el destierro, la muerte, por cometer un acto que las leyes reprimen, será si se quiere un jugador torpe ó temerario; un hombre que habrá hecho un negocio desigual; nada mas; y al verle morir en el patíbulo, no deberemos decir que satisface á la justicia, que paga su merecido, que expía sus crímenes, sino que liquida una cuenta de un negocio conducido erradamente, en cuyo término hay un cargo contra él, que es la pérdida de la vida.

38. La razon y el sentido comun ven en la moralidad algo muy superior á una cuestion de cálculo; y de aquí dimana el desprecio que se acarrea el egoismo, la necesidad que tiene de ocultarse, y de engalanarse con velos hipócritas; de aquí el aprecio que nos inspira el desinterés de quien cumple sus deberes sin atender á los resultados; y el que consideremos que